

CAPÍTULO 1

El escándalo usa brillantina violeta

El 8 de marzo llegaba a su fin cuando Siena entró a su casa, feliz como pocas veces había estado en su vida, con la adrenalina por las nubes pero caminando casi de puntillas.

Había metido la peluca lila en su bolso bandolero; llevaba las zapatillas –pesadas por el agua– en una mano. La camiseta se le transparentaba, los pantalones cortos se les habían pegado a las piernas y al abdomen. Su cabello era un gran nudo, y tenía brillantina violeta hasta debajo de las uñas. La cartulina con el lema SE VA A CAER ya había dado todo de sí, y descansaba en un cesto de basura de la Avenida Central de San Lucas. En las piernas y en la cara tenía restos de las bombas de pintura que los atacantes le habían arrojado.

Al contrario de lo que muchas de sus compañeras de manifestación pensaban, Siena creía que la tormenta había aportado más épica a la jornada. Y ni hablar de la cena. Su intención había sido

solamente asistir a la marcha (sabiendo que su presencia daría de qué hablar, dispuesta a soportar lo que viniera luego), pero nunca había esperado tan buen recibimiento. Tantos pedidos de fotos con ella. Tantos abrazos, tantas sonrisas. Que la invitaran a comer con ellas, con las otras chicas. Y Siena aceptó, y ella y un grupo de diez mujeres terminaron el Día de la Mujer comiendo una pizza muy grasosa (la mejor pizza de su vida) comprada en un puesto callejero, sentadas en el cordón de la acera a la vuelta de la Avenida Central de San Lucas.

Freya entró detrás de Siena, como siempre, sin compartir su euforia. Un rato antes había sentido pavor por ella, creyó que no podría protegerla. Su rostro no lo indicaba, sin embargo. De hecho, su rostro no indicaba nada. Eso era parte de su trabajo.

Siena la miró con un gesto de culpa y se mordió el labio inferior.

–Perdón, Freya. No sabía que iba a llover tanto. Ni que estaría esa gente con la pintura. Estás pasada por agua. Voy a pedir que te traigan una toalla y algo caliente para beber.

Freya la frenó, por educación, porque era lo que correspondía.

–No se moleste, por favor, no es necesario –dijo, pensando que la lluvia y la ropa mojada eran el menor de los problemas. Toda esta aventura podía costarle el empleo. Sabía que “Siena era así”, y que todos allí lo sabían también, pero no podía evitar preguntarse si esto no había ido demasiado lejos.

Freya escuchó puertas que se abrían y que se cerraban y supo que tanto misterio se develaría pronto. Se paró firme, los brazos pegados al costado del cuerpo, y se inclinó en una reverencia leve.

–Freya, ¿serías tan amable de dejarnos a solas? Creo que puedes retirarte por hoy. ¿Es así, Siena? ¿O planeas volver a salir esta noche? –inquirió mientras avanzaba hacia ellas la mujer que, incluso vestida con una bata de cama, imponía respeto.

Freya contuvo la respiración. Sabía que la única respuesta que Casilda esperaba era “no, mamá, no planeo volver a salir”, pero ahí estaba, preguntándolo. Desafiando a su hija. Desafiando a su hija a desafiar –de nuevo– a su madre.

Siena entendió lo mismo.

–No, mamá, no voy a salir más por hoy –respondió, con toda la sangre fría de la que fue capaz, y luego se dirigió a Freya–. Puedes retirarte.

Aliviada por no tener que presenciar lo que ocurriría a continuación, Freya hizo, de nuevo, dos sutiles reverencias, más inclinación de cabeza que reverencia: una ante Casilda y otra ante Siena.

–Gracias, Alteza.

–Quiero que mires esto –le dijo Casilda a Siena apenas la guardaespaldas abandonó el lugar, dándole una tableta que mostraba las últimas noticias en el portal de *El Faro*, el periódico más amarillista de San Lucas.

–Ya imagino lo que dice –respondió ella, fingiendo una templanza que en ese momento no sentía. No ante su madre. No ante su madre en bata de cama, y aun así majestuosa. Literalmente.

–No me importa. Quiero que lo leas.

Siena tomó la tableta y, desganada, leyó:

Pancartas contra el patriarcado y brillantina violeta: el día en que la princesa Siena fue una más

Que el 8M es una fecha emocionante ya nadie lo pone en duda. Cada año, miles de mujeres en San Lucas, así como en el resto del mundo, salen a marchar por sus derechos: los conquistados y los que faltan. Bajo el lema EL PATRIARCADO SE VA A CAER, mujeres de todas las edades encuentran en el 8M un punto de comunión, mezcla de reclamo por las injusticias y fiesta por lo mucho que se avanzó en materia de derechos.

La novedad es que este año una mujercita muy especial dijo “presente”: nada menos que la princesa Siena, hija del príncipe regente Bernal y la princesa Casilda, y segunda en la línea de sucesión al trono, acompañó a las mujeres en su lucha. Luciendo un outfit poco visto en las mujeres de la realeza –una camiseta de algodón sin mangas y un short de tercera marca, aparentemente comprado

en los grandes almacenes de la Avenida Segunda; una peluca lila de nylon y el detalle de un corazón en su mejilla izquierda, hecho con purpurina en gel también en tonos violeta— la rebelde y encantadora princesa incluso se trepó a la reja de la Plaza de la Fortuna, y agitó su brazo al ritmo de SE VA A CAER, SE VA A CAER, EL PATRIARCA-DO SE VA A CAER.

Las mujeres —en su inmensa mayoría de clase trabajadora— que asistieron a la marcha, recibieron con sorpresa y agrado el apoyo de Siena Appleham, princesa de San Lucas, una dama que, sin dudas, goza de muchos privilegios de los que ellas carecen.

A Siena se le descompuso la cara por la indignación.

–¿Una mujercita muy especial?! –citó, furiosa.

–¿Te trepaste a una reja?! –retrucó la princesa Casilda.

–¿Eso es lo que te importa? –preguntó Siena, dolida.

–¡Eso es lo que debería importarte! –gritó Casilda, fuera de sí.

Siena hizo una pausa y se frotó los ojos con las manos. Casilda aprovechó para respirar hondo.

–Ahora no ganas nada llorando –dijo, en un tono conciliador.

–No estoy llorando, tengo brillantina en las pestañas –respondió la princesa.

Casilda miró a su hija menor. A su única hija mujer. La miró de pies a cabeza. Dieciocho años de indocilidad y tenacidad. Tan joven y tan... profunda. Tan querible. Tan poco dispuesta a adaptarse. Tan temeraria. Tan distinta a ella.

Hizo un esfuerzo titánico para no decir ni una palabra sobre la peluca barata que sobresalía de ese bolso bandolero horroroso. Por no hablar de las bombas de pintura que –evidentemente– le había arrojado algún grupo antimonárquico. En vez de eso, intentó una tregua.

–Hija, el feminismo está muy bien para las mujeres normales. Para las mujeres que dependen de un sueldo para pagar el alquiler, que no tienen muchos ahorros, para las madres solteras. Sabes mejor que nadie que apoyo todo este movimiento. Pero nosotras no tenemos esos problemas. Nosotras somos de la realeza.

Siena miró fijo a su mamá. Ella era una de las dos únicas personas que, al mirar a Casilda, veía a su madre además de ver a la

princesa regente de San Lucas. Sabía que no había malas intenciones en sus palabras.

También sabía que ningún portal de noticias, ningún noticiero, ningún periodista, ningún *influencer*, diría nunca jamás que Apolo era *un hombrecito muy especial*.

Cuando Siena habló, lo hizo en voz más baja. Los trabajadores del palacio ya tenían suficiente chisme para un mes.

—Cuando Apolo tenía ocho años, le dijiste que nos amabas por igual a los dos, pero que te alegraba que él hubiera nacido primero, porque los hombres tienen más carácter para gobernar, para ser príncipes regentes. Que yo no podría. Que yo era delicada, frágil. Eso le dijiste a Apolo.

Casilda cerró los ojos con fuerza, para recibir mejor el impacto del jaque mate. Recordaba eso. Recordaba haber dicho eso a su hijo. Lo que no recordaba era a Siena, tan pequeña, ahí presente. Absorbiendo todo, toda su maternidad, toda su majestuosidad.

—¿Sabes por qué le dije eso a Apolo? —preguntó.

Siena no respondió. Solo esperó.

—Le dije eso porque cada día llegaba llorando del instituto, porque tres niños imbéciles, el hijo del conde de Orlés y no sé qué otros dos estúpidos más, vivían haciéndole *bullying*, le decían que era débil, y un maricón, y que tú serías mejor princesa regente que él. Tú, que tenías dos años menos y un carácter mucho más extrovertido, más firme, y que nunca, nunca te dejaste intimidar por nadie, y estoy tan orgullosa. Siempre estuve tan orgullosa, hija.

A Casilda se le llenaron los ojos de lágrimas, pero las contuvo.

No podía dejar de pensar en el informe médico que había recibido esa mañana y que mantenía en secreto.

Estaban cerca de la cocina del palacio; ¿por qué se habían puesto a discutir ahí, en el recibidor? Cuánta torpeza de su parte.

Siena parpadeó. Ya no era la brillantina. Esa que había hablado no era la princesa de San Lucas: era su madre. Había llamado imbécil y estúpido al hijo del conde de Orlés. Era un estúpido, es verdad, pero su madre nunca lo había admitido. Quiso sonreír, pero estaba agotadísima, y no quería ceder en ese momento. La habían criado para ser resistente. Sería resistente.

Le dio la tableta a Casilda y le dijo:

—Llegué tarde. Seguro estabas preocupada. Estás en bata, así que deduzco que estabas acostada. Los del periódico armaron una nota sobre mí como si fuera realmente un asunto grave. La leíste. Me esperaste. Me escuchaste entrar. Te levantaste, me dijiste todo lo que me dijiste. Estás reprimiendo las ganas de decirme que este bolso no te gusta y que las bombas de pintura podrían haber sido algo más peligroso. A todo esto, ¿papá dónde está?

—Durmiendo. ¿Por qué?

Siena levantó las cejas.

Casilda entendió. Suspiró, fastidiada. Otra vez pensó en el informe médico; había sido un día difícil, muy difícil, y las cosas irían a peor.

—Siena, tu padre terminó el día agotado. ¿Realmente debo explicarte lo mucho que trabaja, lo estresante que es su vida?

—¿Tu vida no es estresante? ¿No terminaste el día agotada,

mamá? No, perdón: tu día aún no terminó. Tú sigues aquí parada. Papá está durmiendo.

–Bueno, basta, Siena. Ya fue suficiente por hoy.

Antes de ir a su habitación –necesitaba ducharse–, antes de acostarse y pensar mucho, Siena, princesa de San Lucas, segunda en la línea de sucesión al trono, le dio un abrazo breve a su madre y le dijo:

–Siempre eres tú la que me espera despierta.

–Soy tu mamá.

–Y papá es mi papá. Y si lo veo dos días seguidos es una buena semana. Siempre fue así.

Casilda asintió en silencio, para terminar esa conversación de una vez por todas.

No tienes ni idea de lo que está pasando, pensó.

Luego dio media vuelta y regresó a su dormitorio. Bernal la estaba esperando, ella lo sabía.

Ese día larguísimo, esa jornada tan difícil, terminaría con una discusión.

Y la ganaría él.